

## LA CONSPIRACION DE LA ESCALERA.

Por Luis R. Cabrera.

**L**OS colonos españoles en tierras de América, poco amigos del trabajo personal necesitaron, para la explotación de las tierras y las minas de que despojaron a los indios, de brazos baratos, que les permitieran enriquecerse con mayor facilidad. La esclavitud negra, entronizada en América desde los primeros tiempos de la conquista, facilitó al europeo y al criollo blanco un tipo de trabajador, considerado, más que como hombre, como una verdadera cosa, tan instrumento de trabajo como la bestia de carga o el rústico trapiche.

El negro, arrancado de su patria, vendido como esclavo, tratado al igual que las bestias, no pudo ser un acatador de la ley colonial, en él tenían que encontrarse siempre latente la rebeldía y el odio contra los que le oprimían y explotaban. No podía ser en manera alguna, respetuoso de una ley que hacía de él un objeto de cambio; una ley que autorizaba al amo blanco para saciar en las negras de su dotación todos sus instintos, espoleados por el sol del trópico y la canícula vergonzosa de las noches estivales.

Esto no fué desconocido de muchos hombres blancos y cubanos hubo, que para combatir la esclavitud, emplearon como medios, no la crítica del sistema por lo que en sí mismo tenía de cruel e inhumano; sino haciendo aparecer ante los ojos de sus contemporáneos el peligro latente que representaban muchos millares de negros que en un momento dado, prevaletidos de la superioridad numérica que siempre tuvieron sobre la población blanca, podían intentar aniquilar a ésta y establecer, después de una sangrienta matanza, un estado negro en esta feraz y próspera colonia hispana.

Desde los primeros tiempos de la colonia hubo rebeliones de esclavos. No podemos hacer, ni siquiera someramente, relación de las mismas. Sólo diremos que siempre tuvieron idéntica causa: el mal trato, las vejaciones, los castigos que recibían los esclavos, e igual fin: romper las cadenas de la esclavitud y lograr vivir como hombres libres, como seres humanos en una tierra, donde hasta entonces, sólo había para ellos, el lado doloroso de la vida.

Los años pasaron y ya casi al finalizar la primera mitad del siglo XIX, tuvieron los negros en Cuba un momento de esperanza. Ya Inglaterra había conminado a España para el cese de la esclavitud y el gabinete de Lord Palmerston envió a La Habana, como cónsul, a un abolicionista declarado: David Turnbull, cuya llegada causó sumo recelo entre los esclavistas españoles, que veían en el Tratado Webster-Ashburton, una amenaza de muerte para sus intereses.

Los trabajos de Turnbull tuvieron un doble fin: el lograr la independencia de la

isla, cosa a que aspiraban ya algunos cubanos blancos y a suprimir la esclavitud: ansia colectiva de la población negra. Sagazmente lograba así, el representante consular británico, atraerse a las dos grandes corrientes de la población. Pero como de todos es sabido, sus trabajos fracasaron; fué relevado de su cargo al cesar Palmers-ton en el gobierno y sus planes no sólo dieron origen a un acrecentamiento de la corriente anexionista, pues los cubanos blancos temerosos del fantasma negro, volvieron sus ojos a los Estados Unidos, sino también crearon un estado de verdadera desesperación entre la población negra, que viendo deshacerse sus últimas esperanzas, hubo de apelar, en más de una ocasión a las armas, como recurso supremo con que lograr el reconocimiento de sus ansias de liberación.

Así las cosas, vino a gobernar a Cuba el general O'Donnell, el mismo que merecería el nada halagador título de "el leopardo de Lucena" y desde su llegada estaba el general español en la firme creencia de que se preparaba en la isla, un levantamiento en masa de las dotaciones de esclavos, que intentarían reeditar en Cuba los sangrientos acontecimientos que ensombrecieron, años antes, la colonia francesa de Haití.

En noviembre de 1843, la dotación del ingenio "Triunvirato", en la provincia de Matanzas, se sublevó contra sus amos; los esclavos siguieron a otras fincas e ingenios como "La Concepción", "San Miguel" y "San Lorenzo", sumándose adeptos, hasta que fueron, más que vencidos, destrozados por las tropas y civiles españoles en la finca "San Rafael". A pesar del sangriento epílogo de esta asonada, hubo otro conato de rebelión en el ingenio "Trinidad" de Santa Cruz de Oviedo que fué comisionado por O'Donnell, para que en unión del teniente de milicia, Francisco Hernández Morejón, persiguiese a los presuntos rebeldes, dieciséis de los cuales fueron ejecutados el día 23 de diciembre de 1843, dos días antes del de Navidad, fecha, que se decía, era la señalada para el alzamiento.

Pero Santa Cruz de Oviedo, hombre inculto y presto siempre a castigar toda rebeldía de sus esclavos, declaró más tarde que una de sus negras, con quien cohabitaba, le había manifestado la existencia de una nueva conspiración entre las dotaciones de sus fincas. Llovieron entonces las denuncias: los dueños de ingenios veían por todas partes alzarse el fantasma de la rebelión; muchos sintieron, tal vez en su terror, el frío acerado de la mocha de labor, seccionándoles la garganta y O'Donnell, que pudo convencerse pronto de que tal re-

ONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

2

belión no existía, quiso explotar el terror producido entre la población blanca y ordenó el establecimiento de una Comisión Militar que investigase y juzgase los sucesos, colocando al frente de la misma al brigadier Fulgencio Salas.

Nació así, más en la mente atemorizada de unos cuantos propietarios, que en la realidad de los hechos, la conspiración que habría de llamarse de la Escalera y que ha pasado a la historia como símbolo de la crueldad de los hombres que intervinieron en la persecución de los que se estimó, estaban comprometidos en la misma.

Decíamos que O'Donnell quiso explotar la presunta conspiración para sus fines políticos y así fué en efecto. Por el terror, el látigo y la muerte se deshacía el procónsul de la población negra, en lo que tenía de más representativo; aprovechando el pánico que la noticia de la sublevación produjo entre los blancos siempre temerosos de una asonada de los negros, se libraba de la parte blanca de la población, que sintiéndose compadecida de la muerte de los negros esclavos, dejaba de estarlo, en cuanto pensaba que estos podían ser una amenaza para sus haciendas y sus vidas.

Los negreros, los esclavistas aprovecharon igualmente la ocasión para atacar a quienes de manera desinteresada se habían puesto siempre frente a la esclavitud y achacando el movimiento a la dirección de Turnbull se valieron de ello para tratar de complicar en el mismo a los hombres blancos que habían sido sus amigos o que habían dejado oír su voz contra los crímenes de la esclavitud. Contáronse entre ellos: Luz y Caballero, Domingo Del Monte, José Antonio Echevarría, Martínez Serrano, Tanco y otros.

Pero, como había que buscar también hombres de color, a quienes endigar una participación más activa en la conspiración, fueron escogidos aquellos que por una razón u por otra resultaban más distinguidos entre la población de negros libres. Y así fueron encausados: el poeta Plácido, el dentista Dodge; el violinista José Miguel Román; Santiago Pimienta, rico propietario y algunos otros.

La participación de Plácido en esta conspiración, así como la existencia de la conjura misma, han sido de los interrogantes más acuciosamente estudiados en nuestra historia. Si bien es cierto que los contemporáneos de aquellos sucesos y algunos de los propios encausados, como Luz y Saco entre otros, creyeron en la verdad de la versión gubernamental, los cubanos de épocas posteriores miraron con cierta descom-

fianza la aseveración española y se estimó con muchísima razón que no hubo tal conspiración, a lo menos en el sentido político, y que mucho menos fué Gabriel de la Concepción Valdés, el principal dirigente de la misma, acusación por la cual perdió la vida el cantor de Xicotencal.

Si estudiamos, un poco nada más, la vida del poeta; si observamos de pasada su producción poética observaremos enseguida que muy poca cosa hay en ambas que nos sirvan para darle filiación revolucionaria y ni siquiera negrífila. Plácido, hijo de los amores de una española con un pardo cuarterón peluquero, era lo que en la complicada denominación racial de la época se

nombraba un octerón, es decir, de muy escasa sangre negra en sus venas y como sucede casi siempre en estos casos, renegaba de la misma y todas sus afecciones se dirigían siempre a la raza de su madre, la bailarina española que concibióle en un momento de debilidad por el pardo peluquero pero que nunca fué muy adepta al fruto de aquellos relampagueantes amores.

Plácido, por sentimiento o por necesidad, cantó en sus versos a los monarcas y a los grandes de España, sus sentimientos y amistades estaban entre los blancos y si Fela y Gila, los dos grandes amores de su vida, fueron mujeres negras, eso no echó abajo la tesis, pues que la historia nos da ejemplo de hombres blancos que amaron apasionadamente a mujeres de raza negra, cosa que por demás, vemos multiplicarse a la saciedad en nuestros días.

El propio poeta se encarga de negar su participación en la conjura. En los versos de la conocidísima Plegaria habla de "caiumnia" de "velo ignominioso" y proclama su inocencia y nunca, ni una vez condenado, acepta su participación en el movimiento, cosa que de ser cierta hubiera debido ser para él, timbre de orgullo, como lo fué para otros que como López y Goicuría, aun en el patíbulo, hicieron patente su fe en los destinos de Cuba.

Plácido no hace nada de esto. Sólo se limita a declarar en todos los tonos que es inocente y si hizo declaraciones que comprometían a otros individuos, inclusive a Luz, es de creer que ellas fueron arrancadas por la promesa de un perdón que no se le pensaba otorgar, o por el terror que hizo presa en muchos de los encartados en la conspiración.

Este terror fué hijo legítimo de los medios empleados para acabar con la conjura. Jamás en la historia colonial, se había utilizado el tormento para arrancar de boca de los acusados, confesiones que no podían hacer, puesto que en su mayoría nada sabían. A un cuarto de milla de la Calza-

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

da de Esteban, en el batey de la llamada "Estancia de Soto", existía un amplio caserón utilizado como almacén y el cual fué escogido como escenario de aquellos horrendos suplicios, en que los negros, atados a la escalera, eran despedazados a latigazos, para que respondieran a las interrogaciones tendenciosas de los fiscales, ávidos de lograr una confesión o una denuncia. Los que sobrevivían al tormento eran conducidos a un hospital improvisado en la casa conocida por de Espinola, de donde salían diariamente tres o cuatro cadáveres para el cementerio, haciéndose aparecer que habían muerto de diarrea.

Pero a pesar de los numerosos negros que murieron en la escalera, la justicia necesitaba un escarmiento más público y mayor y por ello condenó a muerte a numerosas personas, iniciándose las ejecuciones con once de los más connotados hombres de color de la población, los cuales fueron fusilados por la espalda el 28 de junio. Fueron ellos además de Plácido: Andrés José Dodge, Santiago Pimienta, José Manuel Román, Jorge López, Pedro de la Torre, Manuel Quiñones, Antonio Abad, Bruno Izquierdo, Miguel Naranjo y José de la O. García.

Más de cuatro mil personas fueron complicadas en los sucesos, de las cuales 78 fueron ejecutadas y 600 condenadas a presidio. A estos 78 mártires, hay que añadir los casi cuatrocientos que murieron en el suplicio, o a resultas del mismo.

Así, la conspiración, que no pudo como otras llevar un nombre dado por sus participantes, sino que ha pasado a la historia con el del instrumento de tortura empleado por los españoles para reprimirla, ahogó en sangre las ansias de liberación de la población negra del país y mató en flor los buenos deseos de parte de la población blanca que vió entonces en los esclavos, no a hombres explotados, sino a seres sedientos de venganza a los que había que exterminar para que no se convirtiesen a su vez en exterminadores y verdugos.

Los favorecidos, a la postre, fueron los esclavistas. Aunque no pudieron aniquilar ni a Luz, ni a Del Monte, ni a los otros acusados de raza blanca que fueron al fin exonerados, lograron que el gobierno español garantizase la propiedad de los esclavos con la eliminación de la facultad británica para investigar sobre la misma. Con la ley de dos de marzo de 1845 quedaba

garantizada la posesión de un esclavo, eliminándose por completo el peligro de la emancipación en masa. Ganó también el gobierno, pues, tranquilos en cuanto a sus bienes, los esclavistas dejaron de coquetear con la anexión y continuaron adictos a España. Y en cierta forma ganó también la idea de la independencia, porque aunque muerto por una libertad por la que no luchó, Plácido fué utilizado después, como una bandera más de rebeldía y su sangre contribuyó a colmar la copa del descontento insular contra la dominación hispana.

Los que sí perdieron y mucho, fueron los hombres negros, que vieron de qué forma pagarían sus intentos de liberación; los alzamientos de las dotaciones en ingenios y cafetales se suspendieron ante lo sangriento de la represalia con que finiquitó O'Donnell la llamada Conspiración de la Escalera y la libertad de los negros se vió pospuesta para una fecha que ellos no se atrevían a vaticinar. Poco habían de esperar sin embargo. Se acercaba ya la alborada de Yara, inicio de una contienda, en que conquistarían al precio de su sangre, junto a sus antiguos amos, el derecho de llamarse libres.

*Hay junio 25/xy*



**PATRIMONIO DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

M

4

12

POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

DECLARACION DE PRINCIPIOS

El movimiento está basado en el concepto de una militancia política o intelectual, en el sentido de la palabra, de carácter político o intelectual.

Al mismo tiempo, los jóvenes cubanos de buena voluntad, no laboran en un campo político, sino en el campo social, siempre que se vinculan a un programa fundamental de que se resuelva el problema de los jóvenes de la patria y su progreso y su bienestar.

El programa de la escuela cubana en Cuba libre es el de la cultura, del espíritu patrio, de la inquietud avansista de la juventud cubana, no siempre debe darse pasar la oportunidad de escribir sobre esa humedad. Ello es una —aunque parezca paradójica— papel importante y no sería exagerados si aseguramos que, en cierto sentido, es deber de la juventud ayudar a los jóvenes a orientar su acción y a honrar su tradición de lucha y de progreso.



Un apunte de Hernández Giménez

inquietud avansista de la juventud cubana, no siempre debe darse pasar la oportunidad de escribir sobre esa humedad. Ello es una —aunque parezca paradójica— papel importante y no sería exagerados si aseguramos que, en cierto sentido, es deber de la juventud ayudar a los jóvenes a orientar su acción y a honrar su tradición de lucha y de progreso.

Todos los episodios de cierta significación histórica en el curso de la vida cubana, demuestran claramente la trascendencia del brazo de la juventud. En nuestro caso, a esta inquietud biológica —determinada por la edad en una parte— se unen los ejemplos de los jóvenes de ayer, como por ejemplo, Agramonte, Maceo, Agüero, Crombet, O'Farrill, Villena, Trejo, Torriente Escobar, etc.

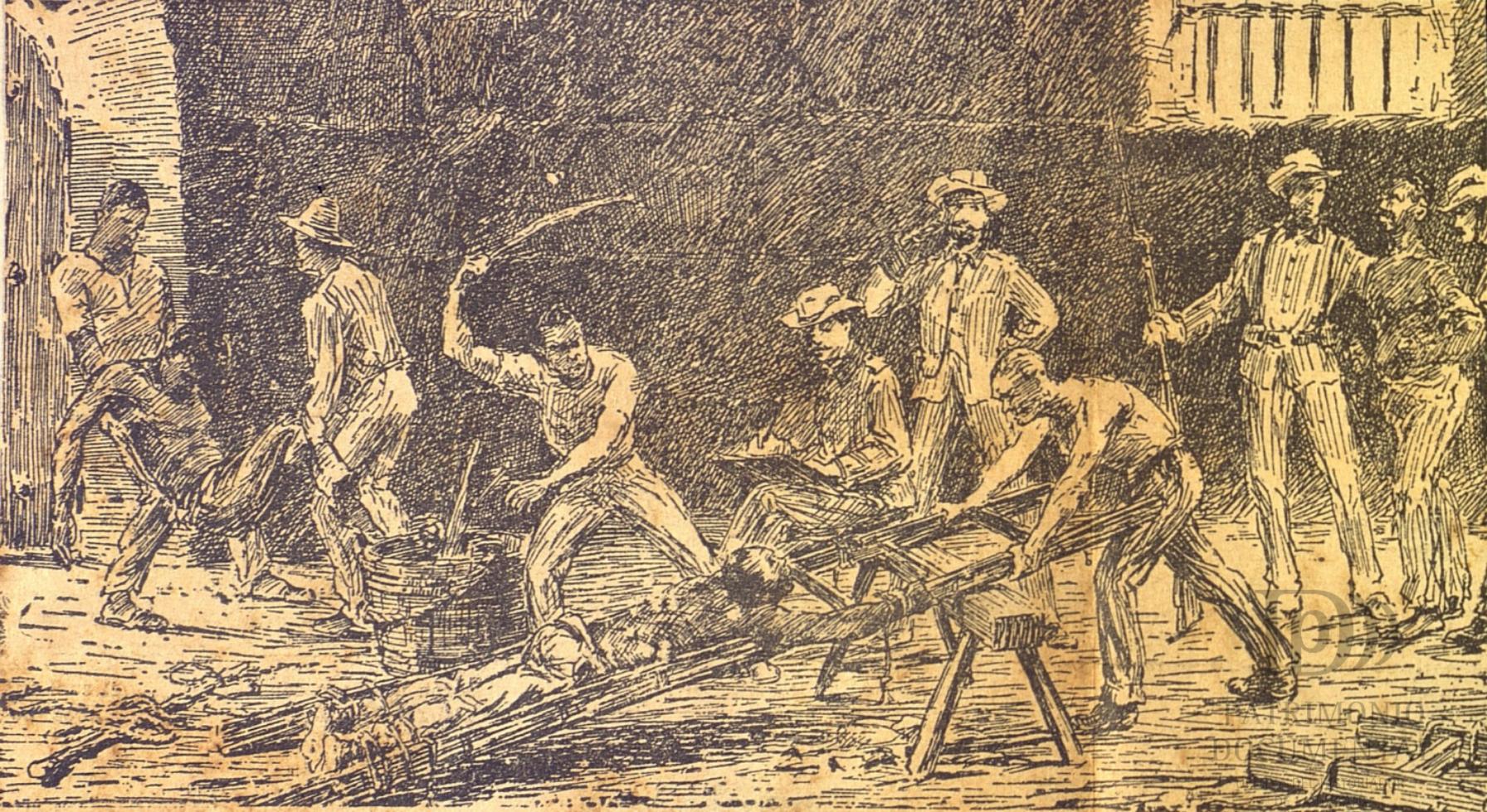
Quizás —y es de suponer que ocurra— para muchos el Comite Patriótico de la Juventud Cubana, juegue un papel relativamente importante. Eso si se analiza

*Hoy, junio 25/44*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



Un apunte de Hernández Giró. La Conspiración de la Escalera